

La peste, el otro, el psicoanalista y todos nos-otros

Desafinados

A poco de comenzada la cuarentena voluntaria, lo escuché en un programa de radio de la mañana. Entonces busqué y encontré lo que sigue. “Desafinado”, de Joao Gilberto, es una especie de ruego, un canto de amor a la música desde la paradoja de la bossa nova – eso desafinado que alberga lo más melodioso – que llega por los años cincuenta para quedarse en nuestros oídos. Desafinado: Una voz tranquila y melodiosa flota sobre los demás instrumentos, sin vibrato y sin cambios de intensidad al cantar, cuyo fraseo provoca una polirritmia entre voz e instrumentos, apiñando sílaba contra sílaba como si entre todas formasen una gran palabra. En contraste, su guitarra lleva un pulso perfectamente estable, marcando con el pulgar el tiempo fuerte del tambor a la vez que, con los demás dedos, toca acordes sincopados que darán la sensación de un pulso que no deja de avanzar. La canción anuncia algo que está naciendo, e instala una dimensión íntima y honda, despojada a la vez que abigarrada de notas en acordes disonantes. Década del 50, Joao Gilberto es un joven bahiano de 26 años, desaliñado, talentoso. Cuenta la leyenda popular que bossa nova podría haber sido la frase de un lustrabotas que se dispone a empezar su tarea y frente a los nuevos zapatos sin cordones - mocasines que empezaban a estar de moda - de su cliente que a la postre tomara la frase, exclama *“Bossa nova! Eh, doctor?”* Bossa tiene dos primeras acepciones: joroba y chichón, mientras una tercera dice talento. Y con un guion entre las dos palabras, bossa-nova, alude a un modo nuevo de hacer algo

La gran-ola

Una noche, al final de la jornada, nos fuimos a dormir con la promesa de cotidianeidad que trae calma a los arrebatos y desasosiegos de nuestros corazones; nos arropamos en proyectos que estaban comenzando, repasamos fechas de celebraciones amorosas en familia y deudas aún impagadas; recordamos alguna frase del día y nos esperanzamos en comprenderla luego del reposo nocturno; como tantas noches. Nos fuimos a dormir con anhelos, preguntas, algunas culpas, cansados, como cualquier otra noche, y al otro día todo cambió.

“Una mañana al despertar de un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se encontró en la cama transformado en un insecto monstruoso” (“La metamorfosis”, Kafka)

“Me acuerdo que la noche antes de la ola, Helene y yo habíamos hablado de separarnos” (...) “Nosotros estamos limpios, arreglados, indemnes y nos rodea el coro de los leprosos, de los desplazados, de los naufragos que han vuelto al estado salvaje. La víspera eran como nosotros, nosotros éramos como ellos, pero les sucedió algo que

“no nos sucedió a nosotros y ahora formamos parte de dos humanidades separadas”
(Emmanuel Carrère, “De vidas ajenas”)

Es viernes 13 de marzo. Se anuncian los dos primeros casos de coronavirus en Montevideo. Se toman las primeras medidas, se suspenden las clases, se exhorta a las personas a iniciar una cuarentena voluntaria, se suspenden las fiestas programadas, en ese clima de distancias y extrañezas que nos acompañará un largo tiempo. Tiempo de espera. ¿Espera de qué? Mientras, nos llegan informes desgarradores de España, no hay lugar para tantos cadáveres, por *face time* alguien con un decir angustioso: “Los están poniendo en un centro de patinaje”, el hielo aliado anti contaminación, y qué frío para nuestros muertos queridos otra vez, pienso, adolorida. Los cadáveres apilados evocan otros desamparos y genocidios tan humanos.

Holocausto, migrantes en embarcaciones que llegan a las costas europeas, víctimas inocentes de invasiones colonialistas. *Estos son muertos que también pasaron frío, cuyos cuerpos no pudieron ser arropados en el último abrazo, ni enterrados, ni despedidos.*

Evoca tiempos de terrorismo de estado, sentarse en el living a esperar el informativo de la noche, los comunicados, prohibidas reuniones de tres personas en una esquina, un toque de queda... En twitter se pregunta: “Si sospecho de alguien que está infectado por el virus, ¿lo tengo que denunciar?” Varios re twitean que ¡por supuesto! Recuerdo ahora, 1978, la frase que le dijo un padre a su hijo, un joven militante: “*Vos hacé lo que tengas ganas de hacer, pero a nosotros no nos salpiques con tu mierda*”. Salpicar, contagiar, denunciar, matar, desaparecer, llorar.

Las pandemias, como las guerras, las dictaduras y otros desgarradores gestos humanos, golpean siempre a los más frágiles. Los pobres se van volviendo cada vez más pobres, los que habían llegado arañando a la clase media se van cayendo, mientras los millonarios en dólares, se están volviendo más millonarios porque casualmente están comprando en la bolsa acciones de empresas que están quebrando.
(Nota 1)

¿Qué es lo importante?

Todo el tiempo se escucha: Duerma bien, descanse, pienso, ¿me contagiaré del coronavirus si no duermo bien? Me dicen coma dos nueces, haga yoga o meditación o las dos cosas mejor, sin olvidar los aeróbicos, zumba o salte a la cuerda - por alguna razón que no recuerdo no tengo cuerda de saltar en mi casa - tome bebidas calientes, cocine en casa casero es más rico, reviso mis paquetes secos y compruebo que la levadura está vencida, debe haber más cosas vencidas pero ahora no tengo tiempo de revisar, no me da el tiempo, sigo escuchando, me dicen invéntese nuevas rutinas sí, estoy en eso, una nueva rutina es escuchar todos los consejos sobre las nuevas rutinas,

coma fruta y verdura de estación pero no vaya a la feria de frutas y verduras. Contradicciones nuestras de cada día, que algunos humoristas uruguayos recrean con talento (Carlos Tanco, Andrés Reyes).

Estamos cansados de voces que no paran de dar consejos. Evoco aquella famosa paradoja: “Sé libre”. Cómo hacer para no contagiarnos del furor de dar consejos, ni de caer en dañinas generalizaciones. No todas las casas, no todas las familias, no todas las personas somos eso que escuchamos que somos cuando nos dan tips de cuarentena para padres, para adultos mayores, para diabéticos, para adolescentes, para padres de adolescentes, para bebés... El afán de generalizar esconde un intento de borrar lo singular de cada uno. El afán de generalizar es un acto de violencia premeditado que el capitalismo se ha encargado de dejarnos como herencia maldita, beba, coma, compre y finalmente... ¡saque un préstamo! Que después pagará con la sangre de su frente. Estamos siendo tratados como un rebaño no pensante, como soldados frente a sus superiores, como miembros sumisos de alguna congregación, se diría que nos subestiman con cierto placer. O quizás no es más que una continuación de la práctica ruin del capitalismo que en tiempo de crisis se vuelve un poco más evidente. Volviendo a lo del inicio: “Sé libre”.

He escuchado y leído a virólogos de los que he aprendido, vengo leyendo a mis escritores de siempre y alguno nuevo; me han interesado los desarrollos de un grupo de jóvenes economistas uruguayos, voy captando algo más y a la vez experimento un profundo temor por la crisis financiera que se nos viene, más bien que se les viene a los más jóvenes que están empezando su práctica profesional, a los más pobres, a los estudiantes, a nuestros hijos, a los trabajadores independientes, al gremio de la cultura y al de la construcción, a los empleados de la industria del turismo, que algunos son estudiantes, no sé si es que estoy más sensible por no poder ver a mis hijos y mis nietos pero no logro contener las lágrimas...

Debería comprar algo en el almacén de la esquina, de lo contrario, el almacenero puede quebrar y con él, sus dos empleados irían a la calle, uno acaba de ser padre de una niña, me lo comentó el mes pasado con una amplia sonrisa en su rostro. Pero no quiero salir de casa, salir una vez por día alcanza, si me cuido des-cuido la economía del país. Sigo leyendo semanarios, artículos políticos, intento entender, ¿qué es lo importante en este escenario mundial?

Hace muchos años, una amiga muy querida nos cuenta una anécdota de su nieta, relato que se ha quedado en mí como una pieza de orfebrería. Una niña pequeña, contando su primera clase de ballet. Por esos tiempos, uno de sus sueños era ser bailarina, se deleitaba mirando los pasos, los brazos de cisne, los rodetes ajustados en jóvenes cabezas erguidas, mientras su cuerpecito hacía figuras de lo más graciosas ensayando pas de deux... Fue a su primera clase; la maestra les habló a todas las niñas de la belleza del ballet, de ese camino que estaban iniciando en el mundo del baile y de la música. Luego, en un sentido más práctico, mirando también a los acompañantes, padres, abuelos que habían ido a llevar a las pequeñas futuras bailarinas, les dijo que lo importante era que vinieran cómodas a la clase, con alguna

calza, algo sencillo y práctico para los movimientos, y que el tutú, con un guiño en sus ojos lo dijo, sería para mucho más adelante, que por ahora, lo importante, les reitera, es que vengan cómodas. Al volver a su casa, la niña se encuentra con su madre recién llegada del trabajo, quien le dice, mi amor, contame, cómo te fue en tu primera clase de ballet, qué te dijo la profesora. Y la niña le contesta, radiante: “La profesora dijo que lo importante es el tutú”.

Las palabras y las personas

Las palabras nombran y crean el mundo. Y luego, dirigen el mundo.¹ Las palabras conforman un paradigma dentro del cual significamos; si cada tanto logramos retirarnos un poco y mirar las palabras que elegimos, descubrimos que hay un sistema que está operando para hacernos creer, al igual que las imágenes de la televisión, que si uno toma cierta bebida seguro va a ser bonito y exitoso. Ese o esos otros que nos trae Marta Labraga en su texto “Las sombras de Wu-han” (Nota 1). Las palabras son armas ideológicas, instrumentos políticos que generan efectos sin pausa.²

En estos tiempos de fantasmas - coronavirus, especialistas del ámbito “psi” son llamados para que aporten tips acerca de cómo llevar adelante la cuarentena: aprovechar el tiempo libre, dicen, también pensar más sobre sí mismo y hasta nos aconsejan buscar en esas reflexiones lo que realmente cada uno desea para su vida. ¡Lo que cada uno desea para su vida, eureka! Eso sí, intercalado con el informativo de la noche. La subestimación está en alza. Insistencia de certezas provenientes de ese otro/ otros que intentan arrasar la posibilidad de pensar juntos. (Nota 2)

*“El nosotros mismos,
detrás de nosotros mismos oculto
-debe sobrecogernos más-*

Emily Dickinson, poema 69 (Nota 3)

¹ Por ejemplo, si decimos que hay “cumbia cheta” estamos avalando que es parte del abanico de géneros musicales y eso mismo no nos permite pensar que es basura en nuestra cotidianeidad que instala y naturaliza una imagen del chico y la chica – hetero, siempre, en la noche de un boliche de clase media-alta – cantando y bailando “Tú te pones loquita mamita...” con coreografía que los niños imitan.

² En el terreno de las palabras, también es preocupante que entre psicoanalistas se siga hablando de trastornos de la alimentación o de ataque de pánico como afinando a la moda. Y si se enuncia así, al menos aclarar que es un término que proviene de la psiquiatría y que a veces se nos cuela pero que desde el psicoanálisis pensamos diferente. Gladys Franco es autora de un excelente trabajo sobre este tema.

Semejante o enemigo. El hallazgo de este título, que da nombre al libro cuyo compilador es Marcelo Viñar (1998) viene en mis evocaciones, porque el asunto del Otro nos convoca.

Dialogo con algunas líneas del artículo de Mariano Horenstein (clarín.com 21/03/20):

“(...) Un virus poco más letal que una gripe –o incluso menos, pero replicable a escala universal– desnuda la fragilidad extrema de la especie humana. Una infraestructura sanitaria desbordada e insuficiente es apenas uno de los modos en que esa fragilidad se revela. También aparece cuando los líderes muestran sus propias inconsistencias, haciendo imposible ignorar que el rey está desnudo. También cuando advertimos que **el otro a quien necesitamos es al mismo tiempo el otro que puede contagiarnos.** (...)"

El cachorro humano nace, abre los ojos y crea el mundo. Durante un largo tiempo el vínculo con el otro es de íntima cercanía, dependencia de amor que funda los vínculos, genera sentimientos entre padres, hijos, hermanos, y luego esos vínculos viajan a la geografía social, la maestra, el amigo, el colega... y las organizaciones sociales en las que nos inscribimos y que a la vez nos contienen. En un universo de deseos, aquella imperiosa necesidad del otro que nos alimente y proteja nos lleva a ilusionarnos con un otro sin falla, dueño del poder de salvarnos, esa ilusión bajo la cual los niños van creciendo.

Sigue planteando Horenstein: “En situaciones de crisis el desplazamiento normal consiste en depositar en otros – gobernantes, instituciones– la función de cuidado, como asimismo de definir el límite a partir del cual algo ha de hacerse o evitarse. Esa apuesta de que haya otro, figura de la ley –médico, presidente o protocolo– que proteja es otra ilusión necesaria, porque ese otro al que precisamos sostener para poder sostenernos, se enfrenta a la misma perplejidad, está inerme ante la misma angustia que nosotros. Experimentar que ese otro capaz de salvarnos está tan desvalido como los que precisamos ser salvados es fuente de angustia y parálisis, e intentamos todos los modos posibles de desmentir esa evidencia.” (ibid)

La desmentida es un mecanismo psíquico que todos ponemos en marcha en lo cotidiano, por ejemplo, cada vez que nos sentamos a comer, debemos olvidar por un rato que a unas cuadras hay niños necesitando alimentos que a nosotros nos sobrarán en la cena; ese particular olvido nos permite alimentarnos y disfrutar en familia la mesa preparada con esmero, vivir sin que la angustia nos estrangule las acciones a cada momento. Pero si la desmentida se desata, en lo singular y en lo social, escuchamos en nuestro interior esas voces que, por ejemplo, dicen “A mí no me va a pasar porque yo no estoy metido en nada...” “A nosotros no, no nos va a pasar” (... *¿porque nosotros no comemos los bichos que comen los chinos...?*) Evoco el poema “Ellos vinieron...” (Nota 5) La desmentida aliada con la maldad puede generar las peores decisiones y acciones que se puedan imaginar. Evoco a Primo Levi en “Si esto es un hombre”, a Hanna Arendt en: “La banalidad del mal”.

Con la pandemia vuelven situaciones de discriminación y xenofobia... ¿que nunca se fueron? Escucho a un conductor en un programa radial, frente a la noticia del crucero Greg Mortimer: "Que no baje a nuestro puerto nadie de ese ni ningún crucero, lo ideal sería que se habilitara La isla de... Que se pongan allí unas tiendas de campaña y se los atiendan. Lo mismo que pasó en la pandemia de... se hizo eso. Pero que a Uruguay, no entren." Suena demasiado parecido al discurso de los europeos rechazando a los migrantes africanos.

En un caso donde es una epidemia lo que está en juego, y donde la vía de contagio es a través de aquellos con quienes tenemos un contacto más estrecho, todo se potencia. Pese a los intentos de nombrar al peligro como extranjero, es el próximo el peligroso, aquel con quien trabajamos o con quien amamos, nuestros hijos, nietos, hermanos.

Este es el punto donde la experiencia se interroga: *El otro ¿semejante o enemigo?*

Ponerse en el lugar del otro: una tarea imposible

Hace un tiempo organicé un intercambio con un escritor y un economista, y la titulé "*Ponerse en el lugar del otro: ¿una tarea imposible?*". Mi intervención decía algo así: "El desamparo en su vertiente psicosocial nos instala en zonas de precariedad, donde el ser humano vive la experiencia de vulnerabilidad en su sentido más árido y triste. Pobreza, hambre, ausencia de libertad y justicia, con todos los efectos emocionales que podamos imaginar.

Desde esta situación, múltiples actores sociales ponemos en marcha dispositivos para acercarnos a las personas en situación de desamparo. Instituciones estatales y privadas, así como toda persona con sensibilidad por el otro, generan movimientos de acercamiento esperando proporcionar una ayuda a nuestros *miserables*. (Pienso en "Los miserables" de V. Hugo y en "Pichis" de Martín Lasalt)

Me interesa pensar ese movimiento hacia el otro, *el pobre, el loco, el inmigrante*, y aún en un sentido amplio, podría ser el otro en cualquier relación. Considero que en esos movimientos estamos atravesados por prejuicios, creencias y valores que hemos naturalizado sin darnos cuenta.

Un tema del que voy aprehendiendo con Levinas y Derrida, los llamados pensadores de la otredad. El otro es inabarcable, diverso, heterogéneo. Para ser otro, para poder ser otro, se resiste a mí - a mi búsqueda, a mi intento de conocerlo -. El otro no está del todo disponible para mí, y esa no del todo disponibilidad podría ser una definición de "otro". Asimismo, entre dos sujetos siempre hay un malentendido estructural, un malentendido que nos permite sostener la tensión propia de la relación humana, dar lugar a lo que nunca será del todo entendido. Hace unos años tomé el concepto de *malentendido* a propósito de los vínculos afectivos, y escribí: "*El acto comunicativo es, por definición, ambiguo e incompleto, ya que se sostiene en una continua interpretación a la búsqueda de elementos faltantes (...) El concepto de malentendido, en tanto describe un funcionamiento vincular caracterizado por la ilusión de compartir iguales sentidos y*

significados, implica la ilusión de un “bien entendido futuro” lo que equivaldría a un entendimiento absoluto obturante de la alteridad” (citar: Hernández Silvana, 1998)

Philip Roth - en su novela *Pastoral americana*, dice: “*En cualquier caso, sigue siendo cierto que de lo que se trata en la vida no es de entender bien al prójimo. Vivir consiste en malentenderlo, malentenderlo una vez y otra y muchas más, y entonces, tras una cuidadosa reflexión, malentenderlo de nuevo. Así sabemos que estamos vivos, porque nos equivocamos*” (Roth, Philip)

Como en el sueño, donde no es posible una traducción de su significado - y donde siempre nos encontraremos con el ombligo del sueño - también entre las personas se experimenta esa imposibilidad de traducción literal.

En nuestra praxis psicoanalítica, el otro mantiene un grado de opacidad permanente que nos conduce a seguir explorando los aspectos inconscientes que nunca serán del todo conocidos. En esa línea, el concepto de empatía – planteado en muchas líneas de psicoterapias - genera riesgos; empatía significa ponerse en la situación emocional del otro. Y con esa definición volvemos a la pregunta inicial: ¿es posible ponerse en el lugar del otro? Acá se integra la noción de poder; si puedo ocupar el lugar del otro, hay una fuerza de dominación, si pienso que sé lo que el otro necesita y desea, entonces se deja de oír la voz del otro que hable de su necesidad y su deseo. Si me muevo convencido de hacer un bien con la empatía, estoy dentro del paradigma de la beneficencia, un modelo unidireccional, donde el grupo de expertos que supuestamente sabe lo que es bueno propone estrategias que surgen de los mismos expertos (José Luis Rebellato – Luis Giménez (1997)³

En palabras del escritor argentino Andrés Neumann, refiriéndose a la traducción y a las relaciones amorosas: “*Estaría el ideal completo de transparencia, de traducción literal: entender completamente a la otra persona, reflejarte en ella, unirte y ser uno solo – ejercicios entre la violencia y la ingenuidad -, y estaría la otra manera de ver la traducción, que es cómo negociamos entre tus prejuicios y los míos, cómo hacemos para querernos desde horizontes lingüísticos y emocionales distintos. Y esa especie de lengua franca precaria, esa franja de posible entendimiento muy delicado con el que a duras penas podemos comunicarnos, serían el amor o la poesía*”⁴ (agosto 2018)

Entre letras

Volviendo a mi desarrollo, voy hacia Philippe Claudel, en “El informe de Brodeck”, una obra mayor de los últimos años, que en este momento particular me emociona y me ayuda a pensar. Muchos de ustedes la han leído. ¿Qué más agregar? Mínimos detalles en cuanto a dónde y en qué tiempo viven los personajes, sumado al pulso certero de un relato lento, recorriendo detalles y arribando como al pasar al dolor de las sombras

³ José Luis Rebellato-Luis Giménez: Ética de la autonomía. Desde la práctica de la Psicología con las Comunidades. Roca viva Editorial, Montevideo, 1997

⁴ “El centro vacío. Con el escritor Andrés Neuman y su estética del malentendido” por Soledad Platero. La diaria, Cultura pág. 03, 11 de mayo 2018, Montevideo

humanas, hacen de esta novela un lugar de horror y de esperanza? *Der Anderer*, el Otro en alemán, ha sido asesinado, y Brodeck recibe el encargo de realizar un informe sobre lo sucedido. El culpable, los culpables, todos y ninguno, preguntar a los otros, querer saber – no querer saber: he aquí los hilos conductores de la trama magistralmente presentada por Claudel.

Así comienza el relato: “*Me llamo Brodeck y no tuve nada que ver (...) Pero me obligaron, me dijeron “Tú sabes escribir, tienen estudios” (...) Además. Tienes la máquina (...) No me pregunten su nombre, nunca lo supimos. Enseguida empezaron a llamarlo con mote inventados en dialecto: ... Pero para mí siempre fue De Anderer, el Otro, quizás porque, además de venir de no se sabía dónde, era diferente, y de eso yo sí que entendía; a veces, debo confesarlo, incluso tenía la sensación que éramos la misma persona*”.

Claudel, a través de su personaje, el escribidor, el que posee la máquina de escribir, nos conduce a la palabra que, paradójicamente es la que da nombre y la que más nos cuesta nombrar en estos tiempos: la muerte, el miedo a la muerte. Mientras contamos los muertos a la hora del informativo, se silencia nuestro miedo íntimo, singular y nunca del todo confeso, imposible de ser dicho en su totalidad. El miedo a la muerte no es un producto del coronavirus, quizás ha aparecido con más fuerza en lo manifiesto, por las imágenes que vemos de otros países, por la característica rapidez del contagio. *El miedo a la muerte es dicho a través de otros miedos*: al contagio, al contacto, a la enfermedad.

He encontrado pocos relatos acerca de la vivencia propia de la muerte como el de Paul Guimard, en su peculiar novela “Las cosas de la vida”. Luego de un brutal accidente, contado por el protagonista y a la misma vez por un narrador externo, el cuerpo del hombre cae destrozado sobre el campo, al costado de la ruta. Mientras sigue el relato a dos voces, el protagonista se dice: “*Quisiera que me ayudarais, Bertrand, tú, Helene, Aurelia, Bob, el médico, el mundo entero, porque es horrible morir, no es, como se dice vilmente el destino de todos, cada vez es un drama terriblemente particular. Para mí, soy único, no soy un hombre entre miles de millones que va a morir. Os lo suplico, haced algo, venid aquí, hablad, compadecedme. ¿Hay algo más importante que lo que va a sucederme? ¿Qué es la humanidad si no contiene su aliento cuando un hombre revienta? Haced algo, todos, uno de vosotros tiene miedo*”. Luego llegará la ambulancia y el enfermero que se acerca a auxiliarlo. La voz exterior describe cómo encuentran el cuerpo, el llamado al hospital para que preparen el quirófano 7, el traslado. El hombre se dice: “*No estoy muerto. El médico no había mentido. Estoy en el hospital. Van a ocuparse de mí. Van a ocuparse de hacerme vivir. Tienen todo lo necesario. He abierto los ojos y recuperado mi lugar en la vida (...) Los milagros de la medicina... he visto seres humanos. Creo que lloro y la alegría me trastorna (...) Emerjo de esa marea negra a la que me abandonaba (...) No olvidaré mientras viva el sabor de esa bocanada de luz, ni esa silueta blanca y difusa que se inclinaba sobre mí, benevolente fantasma que me ha devuelto a un mundo del que casi había salido ya*”. (Paul Guimard)

Los desafinados de siempre

Al llegar a EEUU, Freud anunció: “Venimos a traerles la peste”. Frase que convendría no estar pronunciando en estos momentos, alude a ese lado duro del psicoanalizarse, por captar – cada tanto y de vez en vez - que no somos dueños de nuestras decisiones y menos aún especialistas en verdades del alma. Galileo fue condenado a muerte por plantear que la tierra se mueve alrededor del sol, e intentando salvar su vida, frente al tribunal que lo juzgaba, se retractó; cuentan que al salir, entre la gente que aguardaba ansiosa el resultado del juicio, musitó en voz baja “Eppur si muove”.⁵

Los psicoanalistas solemos hablar en voz baja también, y leer entre líneas, así como tomar los deshechos que nadie quiere – refuse - o que son objeto de reprobación: los lapsus, los actos fallidos, los sueños. Los chistes, en esa explosión de imágenes que genera identificaciones en los oyentes y permite soltar las ocurrencias de quienes escuchan – ocurrencias en otros ámbitos censuradas - también son formaciones del inconsciente. (Ejemplos de estas semanas: “Pajero” por pasajero dicho por una autoridad aludiendo al joven que contagió a 400 personas en un barco que hace la ruta Montevideo-Buenos Aires. Y sin duda, numerosos ejemplos de chistes virales sobre padres con niños pequeños en cuarentena, entre otros)

Los psicoanalistas vamos siempre a contra corriente, y en tiempos de crisis social, también: escuchamos en atención flotante, analizamos la resistencia, acompañamos el sufrimiento, interpretamos los sueños, y, como siempre, generamos nuevos interrogantes. Quizás hay algo novedoso en la transferencia: algunos analizandos tienen sueños de angustia en transferencia, porque su analista es “población de riesgo”.

Los psicoanalistas, los desafinados de siempre, tenemos cierto instrumento para hacer trabajar la incertidumbre que es definición de lo humano – me pregunto ¿decir que ahora la incertidumbre nos invade es como decir que antes no teníamos incertidumbre? ¡ilusiones! - para explorar, asociar, entretejer con algún aspecto de la historia personal: mudanzas, exilios, separaciones; revolcones de la vida, luchas perdidas, todo junto en *este tiempo que no pasa*, el tiempo del inconsciente.

Hemos dejado de recibir en el consultorio intentando mantener las sesiones por teléfono o vías similares, con algunos hallazgos. Desde las instituciones psicoanalíticas, vamos construyendo dispositivos nuevos para trabajar en la comunidad, lo cual nos reúne, nos sostiene en el intercambio y producción de nuevas hipótesis. La posibilidad de psicoanálisis nos contiene; esa insistencia de caminar por un pretil, de explorar desde el vínculo analítico, de enamorarnos de la interpretación de los sueños... ello, nos convoca también en tiempos de honda crisis social. En una geografía de catástrofe globalizada, el psicoanálisis. “El análisis, dice Pontalis, la experiencia más íntima, la más

⁵ Galileo, en el encuentro con el cardenal, como buen científico humanista intenta explicarle que es a través del telescopio que se mira y se descubre que la tierra no es el centro del universo. El cardenal se escandaliza y le grita: “¡¿Cómo se atreve a afirmar que con esta lata y a través del ojo se puede encontrar la verdad del universo?!“

insólita, la más difícil de transmitir, incluso de decir, aunque sea lo opuesto a lo inefable y su imprecisión, la más reticente a cualquier saber, a cualquier discurso dominado. Una experiencia que sigue siendo a menudo opaca aún para aquellos que se someten a ella: analista y paciente” (Pontalis, 2000)

Apostar por la palabra. Por el psicoanálisis y la literatura, entrelazados. (Nota 6) Cada tanto vuelvo a Julia Kristeva en su particular decir: “*El psicoanálisis y la literatura son la misma cosa – dice, y traza una conciliadora pausa antes de proseguir - . Salvo que una publica, y la otra guarda su descubrimiento para vivir mejor. Pero es la misma dinámica psíquica, que consiste en barrer todo lo que es palabras cansadas y modos de vida aburridos, contar un nuevo aliento, cambiar el modo de hablarse a sí mismo y de nombrar las cosas y ligarse a los otros. Algunos logran darle un lugar a esa experiencia del lenguaje e inscribir esa recreación de la intimidad y de lo personal en una tradición cultural como la literatura. Hacer una obra que se sitúa después de Balzac, o Dostoievsky o Cervantes, formar parte de una memoria cultural... para eso toman la fuerza de pulir su lenguaje, buscar un editor, ir a la televisión a publicitar su libre. Otros no dan ese paso, y se contentan con volver a casarse, o cambiar de profesión, o dejar de beber, o simplemente estar enamorados habiendo pensado que eran incapaces de amar. El laboratorio donde sucede ese click es el mismo*” (Relaciones 341, octubre 2012, pág. 14)

Si aún después de tanto recorrido, ante una crisis o un tormentoso dolor me pidieran consejo o palabra de expertise, o aún, me pidieran *quédate en casa*, quisiera tener siempre a mano la respuesta del célebre escribiente de Herman Melville - “*Preferiría no hacerlo*” - para luego, seguir el diálogo, hacia donde nos lleve.

Silvana Hernández Romillo

abril 2020

Guimard, Paul: *Las cosas de la vida*, Editorial Tiempos modernos

Kristeva, Julia. Entrevista. Relaciones Nº 341, octubre 2012, pág. 14, Montevideo

Labraga, Marta (2020): “*Las sombras de Wuhan*” www.apuruguay.org

Pontalis, J.B. (2000): “*Ventanas*”, Editorial Topia, Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Viñar, Marcelo (1998): “*¿Semejante o enemigo?*”. Ed. Trilce, Montevideo.

Nota 1. "Las sombras de Wuhan" (29 de marzo - 8 de abril 2020) *Entre la melancolía y la ilusión mentirosa del yo. Marta Labraga*

"Nuestras formas de rebelión se acompañan muchas veces de una impugnación superficial a gobernantes o autoridades sanitarias mundiales que no son más que Otro al que dirigir el pedido impotente de un socorro seguro e inmediato. Pero nombro también los restos obscenos de Otro, de poder arrasador, que instaló hace muchas décadas la devastación del planeta entero, y ese sí puedo impugnar como mutante mortífero" (...) "Nuestra condición también permanente debería ser aguantar el pretil, la incertidumbre y la amenaza y sostener encarnizadamente el deseo y no jugar a favor de la muerte. Pero desde la vida mirar el abismo también" (...) "Su mistificación nos puede hacer olvidar que hay otros muchos discursos y que el psicoanalítico que nos sostiene, está hecho desde el lugar incierto de una escucha reiterada de formas de la soledad y la vulnerabilidad donde vida y muerte se entrelazan permanentemente"

Nota 2. A propósito de fragilidades. Me llama una mujer joven, me dice que acaba de ver en el informativo del mediodía que estamos ofreciendo un taller de cuentos on line para familias. Dice: "*Tengo tres niños, estoy desbordada, por eso cuando vi esto en el informativo, anoté el número y llamé en seguida. A ellos les encantan los cuentos. Todo me sirve en este momento, no puedo más.*" Me dedico más de treinta minutos a escucharla, pregunto por las edades de los niños, "...ocho, cuatro y dos", me dice. Le pregunto si hay abuelos o tíos en la familia, que no estén pudiendo ver por el distanciamiento. Me dice "*No, no, nada, ni abuelos ni tíos, no somos una familia tipo, somos nosotros solos, y yo no puedo más, sobre todo la chiquita, es muy inquieta, no para, no para. Los otros hacen algo, pero igual ya están aburrido de mirar dibujitos. Pero la chiquita me tiene mal, porque se sube a los muebles, la otra vez se electrocutó con un enchufe, no la vimos, no llegamos a tiempo, la llevamos al hospital corriendo, ahora está bien pero...*" Estas son otras fragilidades, una cierta tristeza que se subraya en la frase: "*Somos nosotros solos y yo no puedo más*".

Nota 3. En el intento de tomar una postura diferente, y siguiendo con la ironía como recurso, recuerdo a J.B. Pontalis en uno de sus brillantes textos, "Los congresistas: *Hace ya años que no piso congresos. Un "colega", uno solo, está bien (ver los encuentros entre un Freud un poco perdido en sus ideas que le vienen a borbotones y un Fliess un poco loco, a esos los llamaban sus congresos).* Diez, veinte: vaya y pase, según lo que cada uno consienta en exponerse, en decir lo que hace, en enunciar las ideas menos razonables que se le ocurran. Pero quinientos, mil, dos mil: a huir. Ante esa afirmación pública, masiva de una supuesta identidad común – "Nosotros, los psicoanalistas, expertos bajo juramento en el Inconsciente" – me eclipsó. ¿Por qué habría de compartir lo que fuere con ese imbécil cuando en realidad si me lo cruzara por la calle cambiaría de vereda? Con esa doña Rosa que expone haciendo muecas su "concepción acerca de la sexualidad femenina"! O con esa pareja siniestra que, a pesar de venir de un país soleado, nos sume en un sopor irremediable. ¡Y existen desgraciados que se ponen en manos de esa gente! Aunque más no sea, por no sentir cómo mi humor se torna agrio y no celebrar el culto a mi pequeña diferencia – después de todo formo parte de "esa gente", soy miembro de la tribu – sí, me eclipsó. Además

está ese escenario, el estrado que domina la sala por la que desfilan los “oficiales”. Y además la lectura de esas ponencias interminables – citar a Freud varias veces, naturalmente, no olvidarse de X ni de Y que se sentirían muy ofuscados – y las intervenciones que vienen del auditorio -from de floor, de ahí abajo- intervenciones “espontáneas” cuidadosamente preparadas y, como si fuera poco, los que dan lección, las rivalidades mal camufladas, la alianza de tal con cual, las identificaciones puestas sobre el revés del saco y el portafolio de plástico del que uno se desembarazará lo más rápido posible, y la cena con baile a la que son invitados los “cónyuges”, donde quincua-sexa-septuagenarios miman con delicioso esmero su juventud pasada, momento un poco ridículo pero el más commovedor del programa”. Nada de esto tendría importancia, si no percibiese tan intensamente, hasta enfermarme, la contradicción inherente a la unión de estas dos palabras: congreso, psicoanálisis. El análisis (...)” J.B. Pontalis: “Ventanas”. Topia Editorial Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura, pág. 17

Nota 4.

LXIX

ONE need not be a chamber to be haunted,
One need not be a house;
The brain has corridors surpassing
Material place.

Far safer, of a midnight meeting
External ghost,
Than an interior confronting
That whiter host.

Far safer through an Abbey gallop,
The stones achase,
Than, moonless, one's own self encounter
In lonesome place.

Ourselves, behind ourselves concealed,
Should startle most;
Assassin, hid in our apartment,
Be horror's least.

The prudent carries a revolver,
He bolts the door,
O'erlooking a superior spectre
More near.

5

10

15

Nota 5.

*P*rimero se llevaron a los judíos,
pero como yo no era judío, no me importó.
Después se llevaron a los comunistas,
pero como yo no era comunista, tampoco me importó.
Luego se llevaron a los obreros,
pero como yo no era obrero, tampoco me importó.
Más tarde se llevaron a los intelectuales,
pero como yo no era intelectual, tampoco me importó.
Después siguieron con los curas,
pero como yo no era cura, tampoco me importó.
Ahora vienen por mí, pero es demasiado tarde.

Bertolt Brecht

*C*uando los nazis vinieron a buscar a los comunistas, guardé silencio,
porque yo no era comunista,
Cuando encarcelaron a los socialdemócratas,
guardé silencio,
porque yo no era socialdemócrata
Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas,
no protesté,
porque yo no era sindicalista,
Cuando vinieron a buscar a los judíos,
no pronuncié palabra,
porque yo no era judío,
Cuando finalmente vinieron a buscarme a mí,
no había nadie más que pudiera protestar.

Martin Niemöller (Alemania 1892, 1984)

Nota 6. Otro texto se me subraya - “Un dique sobre el Pacífico” de Marguerite Duras (2008)- a propósito de los excesos, de la vida y la muerte, de los pueblos pobres (Indochina/Vietnam) invadidos y dominados. Una familia librada a la violencia de la erotización sin ley así como a los desmanes de la naturaleza; el océano que no da tregua, una madre que en su delirio se empeña en construir un dique – ¡un dique! ese tercero que se desmorona todo el tiempo – siempre a pérdida, inundaciones que generan más pobreza, millares de niños que mueren de hambre, o envenenados por el jugo de los cocos, único alimento por días. “¿Qué es ser pobre?” se pregunta Duras, esa adolescente. Pobres o empobrecidos, diezmados, campos anegados, yermos, vendidos por el estado a sabiendas de la estafa, en fin, una gran fábrica de miseria.